

# FRANCIA

## DOS DOMINGOS ELECTORALES



Las elecciones están impregnadas de degolismo y la oposición imita al General en su personalismo. Mitterrand, de la Federación, se presenta como tecnócrata avanzado y moderno, mirando al futuro; deportivo, kennedyano.

**S**E suele decir que de los franceses se puede saber siempre todo, excepto su dinero y su voto. Las encuestas del sistema Gallup han permeabilizado ya este último secreto francés del voto. En las últimas elecciones presidenciales se llegó a auscultar con tan asombrosa precisión la corriente de la opinión pública que pudo predecirse con un error mínimo la cantidad de votos que obtendría cada candidato. Para las elecciones legislativas del domingo, 5 de marzo —segundo turno, el domingo, 12—, la organización Sofres —que equivale en Francia al Gallup de los Estados Unidos— tiene previsto que el partido de la V República —el del general De Gaulle— va a llevarse el 39 por 100 de los votos —salvo las modificaciones de tendencia que se produzcan en estos últimos días— y que con ellos podrá obtener en la Asamblea una mayoría sólida, que se compondrá de un número de escaños situado entre 240 y 280. En la actualidad, el partido dispone de 230 escaños, pero se considera que la mayoría degolista es de unos 300, puesto que a ellos se unen los 35 republicanos independientes, unos veinte MRP (democracia cristiana) y unos catorce de procedencia varia. Esta mayoría se calcula por la cohesión demostrada en dos momentos críticos del régimen: el voto de los presupuestos para 1967 y el de la moción de censura sobre política exterior, en abril de 1966. Para gobernar hacen falta 244 escaños —la Asamblea se compone de 488, de los cuales 17 se eligen en territorios ultramarinos—, aunque con algunos menos un partido de prestigio puede encontrar rápidamente aliados que le conviertan en mayoritario.

Pero para gobernar es preciso, también, contar con el Presidente de la República. La constitución vigente ha hecho de Francia un país presidencialista. La importancia de la Asamblea se ha reducido notablemente desde la IV República, en que lo era todo, hasta ahora en que no es casi nada. De Gaulle gobierna apoyado en un partido propio que es mayoritario en la Asamblea. Pero si su partido perdiese la mayoría, De Gaulle podría acudir al artículo 16 de la Constitución y disolverla, asumiendo los plenos poderes. Puede, si quiere, hacer aprobar su gestión personal por referéndum. Puede dimitir y volverse a presentar a la presidencia de la República. Tiene en sus manos todos los resortes del poder personal y no piensa renunciar a ellos. Sin embargo, una derrota de su partido en estas elecciones podría ser tomada como una derrota personal y, a pesar de la disminución de poderes de la Asamblea, si el partido de la V República quedase en minoría se le estaría viendo ya el final definitivo al degolismo. Y es que el general no ha conseguido su sueño, su ideal, de estar personalmente por encima y al margen de los partidos políticos. Ha tenido, contra su voluntad, que ligarse a uno para poder dirigir el país.

Esto no le priva de su condición de hombre fundamental. Muchos de quienes voten al partido de la V República lo harán con un total desprecio para los candidatos a diputado a quienes entreguen su sufragio, y pensando únicamente en que el resultado final será el reforzamiento del general De Gaulle. «Francia ha sido siempre la tierra de elección de los hombres providenciales —escribe Vianson-Ponté en "Le Monde"—; soberanos o emperadores, con o sin corona, generales o mariscales, salvadores de la patria». La novedad de ahora consiste en la institucionalización del hombre providencial. Hasta ahora, surgía —o se le hacía surgir— en los momentos difíciles, como en las dos ocasiones en que fue llevado al poder —la derrota en la II guerra mundial, el estado de rebelión militar durante la guerra de Argelia—; ahora se trata de fabricarlo. La Constitución de Francia está hecha para un hombre fundamental.

Las elecciones, por lo tanto, están impregnadas de degolismo. No sólo los militantes del partido mayoritario, sino también los jefes de la oposición, se esfuerzan en aparecer como hombres fundamentales. Construyen su silueta. Imitan a De Gaulle. Cuando el actual ministro de Asuntos Exteriores, Couve de Murville, hablando en un mitin en el séptimo distrito de París, dijo: «Siendo las cosas como son...», la sala estalló en una carcajada: tan exacta era la expresión a una que ha acuñado el inconfundible estilo del general. Este mimetismo no es excepcional. Lo tienen todos los hombres del partido de la V República. De una forma paralela, lo cultivan los jefes de los partidos de la oposición. Mitterrand, de la Federación de izquierdas, se ha construido la silueta del tecnócrata avanzado, moderno, con el ojo puesto en el futuro; ágil, vivaz, deportivo, kennedyano. Lecanuet, centrista, juega al francés de buen sentido, de soluciones medias, cartesiano hasta el final, poco aficionado a las aventuras. Tixier Vignancourt es el típico jefe fascista, violento y apasionado, combativo y amenazador. Esta creación de personalidades se repite hasta el infinito en cada distrito electoral de Francia. Hay inscritos 2.260 candidatos en los 487 distritos; cada uno de ellos trata de reproducir su imagen hasta la saciedad. Todo lo que en estas elecciones no es degolismo —en pro o en contra— es americanismo. Por primera vez, en Francia, las elecciones legislativas se hacen con los clásicos trucos de propaganda a la americana: desfiles, circos, llaveros con la efigie del candidato, enormes insignias, «estrellas» de la canción interviniendo en los mítines. La imaginación francesa ha muerto.

Fácilmente puede comprenderse que en unas elecciones donde todos los candidatos son imitadores del general De Gaulle, el que tiene más posibilidades de vencer —por medio de su partido— es el auténtico, el inimitable general De Gaulle. La respuesta al personalismo del general



Por **EDUARDO HARO TEGLEN**


hubiese podido ser la oferta, por parte de la oposición, de un regreso al régimen de partidos, a la soberanía de la Asamblea Nacional, a la representatividad del elector, a la democracia inorgánica, a la sabiduría de la mayoría. Nadie ha sabido, nadie se ha atrevido a hacerlo así. Mucho menos, naturalmente, a inventar ninguna fórmula nueva. Es muy posible, por lo tanto, que el partido de la V República siga siendo el mayoritario tras las elecciones. Representa, hasta ahora, el 32 por 100 de los electores y se apoya en los partidos de la derecha —MRP, Centro Nacional de Independientes, Independientes y moderados— para constituir un bloque de casi el 50 por 100 de la nación.

El segundo partido del país sigue siendo, y seguirá siendo, el comunista. En las elecciones de 1956 representaba el 25 por 100 de la nación; en las de 1958 el 19, y en las de 1962 el 22. Estas fluctuaciones son puramente, imaginarias: el número de votos obtenidos es siempre, prácticamente, el mismo; lo que le hace variar de representación es el cambio en las leyes electorales, en el reparto de distritos, en las alianzas circunstanciales. En las elecciones actuales, el partido comunista francés tiene un interés primordial: salir de su aislamiento, hacer comprender a los otros partidos de la oposición que sin unidad de acción con los comunistas no hay posibilidad de reconstrucción de la izquierda. El acuerdo que hasta ahora ha concluido con la Federación de izquierdas, compuesta primordialmente por socialistas, es puramente táctico y consiste en la ayuda que unos y otros se puedan prestar en el segundo turno electoral. En el primer turno, del 5 de marzo, cada candidato luchará por sí solo. En el segundo turno se delucidarán los distritos en que ningún candidato haya obtenido mayoría absoluta, y en ese caso, comunistas y federados están de acuerdo para que el candidato menos favorecido se retire en favor del que haya obtenido más votos. Este sistema uninominal, a dos turnos, es una característica típicamente francesa —no existe, que yo sepa, en ningún otro país— y añade una complicación más a un sistema electoral y constitucional bastante complejo, al que se añade ahora una disposición por la cual no se podrá presentar al segundo turno el candidato que haya obtenido menos del 10 por 100 de la totalidad de los votos de su distrito. Esta disposición es una astucia del poder personal, que piensa que así podrá reunir a su favor en el segundo turno los votos destinados en el primero a partidos pequeños, inoperantes y anticomunistas, como el de Tixier-Vignancourt.

De esta forma, entrando en liza la «grandeur» de De Gaulle y las pequeñas astucias de una ley electoral a la medida, los circos, las politiquerías de distrito, la política internacional, la televisión, la radio, las canciones de moda, los pactos secretos y mil cosas heterogéneas más, va a salir de estos dos domingos de marzo una curiosa fisonomía electoral francesa, probablemente poco representativa de la realidad del país, engañosa y provisional. Lo poco que haya en ella de democracia será por pura casualidad. O, más bien, porque la democracia es un estado natural de pueblos y naciones que sobrenada hasta en los peores momentos de sofoco y de persecución y que reaparece siempre a lo largo de la historia.

La campaña electoral está en estos momentos en pleno ardor. Es, sin embargo, una campaña fatigada. Se viene, en realidad, preparando desde hace tres años, hasta el punto de que se ha inventado el término de «pre-campaña electoral». El ardor de estos días está casi exclusivamente dedicado a la caza de los indiferentes. Según la cala, en la opinión pública, estos indiferentes, o marginales, o apolíticos, forman un 27 por 100 de la nación. Es mucho. Se trata ahora de sacudirlos para que desprendan su voto. Según los cálculos de los especialistas, en el momento de votar estos indiferentes o indecisos se repartirán de una forma aproximada a como se reparte ahora el censo de los que van a votar.

Estas elecciones, por todo lo dicho, no van a decidir el futuro de Francia, que seguirá estando en la incógnita representada por la edad del Presidente de la República, pero sí ayudarán a comprender, cuando hayan pasado los domingos electorales, qué perspectivas de reagrupación tiene la izquierda para suceder al poder personal.



De Gaulle gobierna en un partido propio que es mayoritario en la Asamblea. Si su partido perdiera la mayoría podría acudir al artículo 16 de la Constitución y disolverla, asumiendo los plenos poderes. Pero, a pesar de ello, una derrota de su partido sería de hecho una derrota personal y eso significaría el final del degolismo.